

HOMILIA

sobre aquellas palabras del cap. 19, v. 26 de San Juan:

MULIER, ECCE FILIUS TUUS: ECCE MATER TUA.

SEÑORES PROFESORES Y SEMINARISTAS: Siempre que ocupo este lugar, en medio de vosotros, á quienes tanto amo, como ama el padre y el amigo, quisiera estar adornado de una ciencia profunda, semejante á la ciencia de Santo Tomás y de San Agustín. No para hacer un vano alarde de ella, sino para infundirla en vuestras almas. Porque, amados míos, todo es poco cuando se trata de la instrucción de jóvenes que se educan para el ministerio eclesiástico en tiempos tan difíciles, cuando la incredulidad y el excepticismo todo lo invaden, y en lenguaje vulgar pudiéramos decir que dan la ley al mundo. Pero siendo, por desgracia, ignorante, de muy escasos alcances, recibid mis deseos y mi voluntad, que son grandes.

Hoy me propongo, siguiendo la conducta del año anterior, exponeros otras notabilísimas palabras, tomadas del Evangelio de San Juan; palabras muy propias y muy dignas de ser meditadas en este día en que celebra la Iglesia nuestra Madre la conmemoracion de los dolores de la Santísima Virgen María junto á la Cruz de Jesus; palabras que encierran profundos misterios: hélas aquí.

Cuando sufría nuestro amado Salvador los más horribles tormentos, pendiente del árbol santo de la Cruz, y cuando los ingratos verdugos parece que habian agotado ya todos los recursos de su odio y de su brutal fiereza, Jesus dirige su rostro y su mirada hácia su afligida Madre y le dice: «Mujer, hé ahí á tu hijo.» Y volviendo su rostro al discípulo amado, añade, señalándole á María: «hé ahí á tu Madre:» *Mulier, ecce filius tuus: ecce Mater tua.*

Procuraré daros á conocer, con la brevedad posible, los grandes y profundísimos misterios que encierran estas palabras.

Y en verdad, señores, que si consideramos atentamente estas palabras de Jesus moribundo, difícilmente hallaremos otras en toda la santa Escritura,

tan expresivas, tan ricas de profundas reflexiones y de augustos misterios. En ellas está compendiado todo el plan augusto de nuestra adorable religion, y ellas constituyen toda su economía divina.

Ante todo, preguntan algunos, ¿cómo pudo el Señor dirigirse á la Virgen María y á San Juan, desde la Cruz y rodeado de tanta multitud de espectadores? Pudo, y en efecto lo hizo, volviendo hácia ellos su divina cabeza y dirigiéndoles su mirada. Es verdad que su postura en la Cruz era sumamente embarazosa y terrible; es verdad que estaba ya casi exánime, segun el contesto del santo Evangelio; pero si pudo en el momento de la muerte dar aquella grande voz, que llenó de admiracion á los circunstantes, hasta el extremo de verificar la conversion del centurion de la legion romana; si pudo inclinar su cabeza antes de morir, y morir cuando quiso, ¿qué dificultad hallais en que, cuando así plugo á su poder inmenso, volviera su cabeza y dirigiese su palabra á la Santísima Virgen y al amado discípulo, constantes espectadores de su sacrificio? Esta dificultad, señores, es bien insignificante por cierto.

El Salvador, pues, en los momentos de su mayor amargura y desconsuelo, impulsado de su grande amor hácia su tierna Madre, le dirige una mirada de compasion y la dice: «mujer, hé ahí á tu hijo.» Y, á nuestro modo humano de entender, se propuso el Señor varios fines.

El primero fué dar á su amadâ Madre en su ancianidad y soledad, un compañero y un consuelo. Habia muerto años hacia su santo esposo José, custodio natural y elegido por Dios desde el momento de la Encarnacion. Nadie mejor que Juan, el discípulo predilecto, el pariente de María, el compañero fiel de Jesus, el espectador de todos sus prodigios, de su Pasion y de su muerte, podia y debia desempeñar tan honroso encargo. Así San Cipriano en su tratado sobre la Pasion de Jesucristo.

El segundo fué, segun Teofilacto y el P. San Ambrosio, la circunstancia de ser vírgenes tanto María como Juan. Segun el primero, las palabras de Jesus hacian este sentido: «Mujer, tipo de la virginidad, ahí te recomiendo al amante y modelo de la pureza,» y viceversa las dirigidas al discípulo: *Mulier, virginittatis mater, ecce virginem filium, et viceversa dixit discipulo: virginittatis studiose, ecce Virgo parens tua absque partu.* Y el segundo ¹ dice: *Sed scum quo Virgo habitare debebat, quam cum eo, quem filii heredem, integritatis sciret esse custodem?*

Y el tercero es, porque habiendo de hacer Jesucristo en María una manifestacion pública de su carácter de co-redentora del género humano, nunca en mejor ocasion pudiera verificarlo que en los momentos de su muerte, y nadie mejor que su discípulo amado Juan para representar al género huma-

¹ Cap. 7.º de Inst. Virg.

no, puesto que era el primero y el último espectador del grande sacrificio. Esta razon es tambien del Padre San Cipriano.

«Y ¿por qué el Señor, en aquellos momentos solemnes, llama mujer á su afligida Madre?» dice el P. San Juan Crisóstomo. «¡Oh! buen Jesus, exclama, ¿por qué así cubres de vergüenza á tu tierna Madre, aquella que con tanta y tan grande solicitud cuidó de tu infancia y te alimentó con el dulce néctar de sus pechos! ¿Por qué la tratas con tanta dureza, negándole el nombre de Madre!» *O bone Jesu, quid Matrem tuam erubuiste quæ te tam diligenter nutrit, reverenter tractavit, dulciter lactavit!* Pero aquí se oculta un gran designio de Dios; estas palabras son un tejido de grandes misterios. Vamos á verlo.

El mismo San Juan Crisóstomo nos da la primera razon de la conducta de Jesus. «Llama mujer á su Madre María, dice, para no aumentar su dolor; no era entonces tiempo de hablarla dulcemente, ni de invocar el nombre tierno de Madre:» *Ideo factum esse arbitror, ne materno nomine amplius dolorem excitaret: non erat enim tunc tempus matrem dulciter alloquendi, nec nomem matris exprimendi* ¹.

San Epifanio ² dice que el Salvador llamó mujer y no Madre á la Santísima Virgen en esta ocasion, porque la voz de madre, segun la acepcion comun,

¹ Hom. 84, in Joann.

² In hunc locum.

excluye la virginidad, no así la general de mujer, razón que debió tener presente San Pablo cuando dijo: «Dios envió á su unigénito Hijo formado en el seno de una mujer.»

El mismo San Epifanio añade más adelante en la misma homilía otra razón. La llamó con estudio mujer y no madre, para no dar ocasión al mundo á que la proclamase diosa al ver sus grandes virtudes y la santidad de su vida.

San Agustín opina que fué para darnos ejemplo correspondiendo á la sentencia que habia emitido ya en vida, y que nos refiere San Mateo ¹; *nollite vocare vobis patrem super terram*. Quiso así cumplir por sí mismo el precepto, llamando mujer á su Madre.

Le llamó mujer, añade San Cirilo ², por antonomasia, aludiendo á la mujer fuerte de Salomón, y principalmente á aquella que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, segun el libro del Génesis. María era aquella mujer dichosa. Y así como Jesucristo se llama á sí mismo por antonomasia el Hijo del Hombre, la Virgen María es por excelencia la mujer.

«Le llamó mujer y no Madre, dice un escritor místico, porque, viéndose abandonado de todos, hasta de su mismo eterno Padre, no quiso darse á sí

¹ Cap. 23.

² Ep. 28.

mismo el consuelo que hubiera experimentado al pronunciar el dulce nombre de Madre.»

Y le llamó, en fin, mujer y no madre, porque si hubiera dicho: «Madre, hé ahí á tu hijo,» pudiera creerse que hacia referencia á sí mismo, ó que, hablando con la madre de San Juan, allí también presente, se refería á esta.

Tales son, señores, las causas ó razones que tuvo presente el Salvador en su altísima sabiduría, para llamar mujer á su amantísima Madre la Virgen María.

Y dirigiéndose Jesús á Juan le dice: «hé ahí á tu Madre:» *ecce Mater tua*.

Si las anteriores palabras, señores, están llenas de augustos y profundísimos misterios, no lo están menos las presentes. Ellas, al paso que son el mayor elogio del evangelista amado, compendian todo el dolor de María y contienen el único consuelo que la queda ya sobre la tierra; el dolor, porque se la priva ya del dulce nombre de Madre de Jesús; el consuelo, porque se le sustituye con el de Madre de los hombres, á quienes también ama con amor de Madre. El P. San Agustín ¹, ponderando este dolor de la Virgen María, dice: «¿Por ventura no fueron para tí estas palabras más terribles que la espada, penetrando tu corazón hasta la división del alma y del cuerpo?» *an non tibi plusquam gladius fuit sermo*

¹ Ep. 50 ad Parm.

ille, revera pertransiens animam? Y el P. San Bernardo ¹ añade: «¡Oh conmutacion! ¡se te entrega á Juan por Jesus, al siervo por el Señor, al discípulo por el Maestro, al hombre puro por el Dios verdadero!» *Oñ conmutatio, Joannes tibi pro Jesu traditur! etc.*

Quiso, pues, Jesucristo, en primer lugar, dejar en San Juan algun consuelo á su afligida Madre, sustituyendo en él el dulce nombre de hijo, para que fuera el compañero inseparable en su orfandad, y eligió á Juan por su cualidad especial de amante de la pureza, y porque era Juan el llamado por su fidelidad y constancia para representar al género humano en aquella ocasion solemne. Y la llamó, en segundo lugar, mujer en vez de Madre, para no aumentar su dolor al oír este nombre dulce, dice San Juan Crisóstomo; porque la palabra Madre oscurecia su virginidad á los ojos del mundo grosero, segun San Epifanio, y para no dar ocasion á que se la tuviese por una deidad; para darnos este ejemplo de humildad, segun San Agustin; para aludir á la mujer fuerte de Salomon, ó á aquella que habia de pisar la cabeza de la serpiente, segun San Cirilo de Alejandria; para no darse á sí mismo el Salvador este pequeño consuelo, y porque usando la voz de Madre, pudiera parecer que se dirigia á la madre de Juan y no á la Santísima Virgen María. Y obró así, en tercer lugar, Jesucristo, para ensalzar y premiar la fide-

¹ Hom. sup. Verba Apoc., Signum magnum.

dad y constancia del discípulo amado, dándonos así á entender cuánto es ante sus divinos ojos el valor de estas virtudes. Hé aquí los grandes misterios ocultos en las palabras citadas de San Juan: «Mujer, hé ahí á tu hijo: hé ahí á tu Madre:» *mulier, ecce filius tuus: ecce Mater tua.*

Poseámonos, pues, de su espíritu, y contemplemos los augustos misterios que encierran. Veamos en ellas el destino y el premio de Juan, y el carácter de la Santísima Virgen María para con nosotros, y nuestro deber para con la Madre y para con el Hijo, procurando ser fieles á la palabra de Dios y constantes en la práctica de las virtudes, tanto en los sucesos prósperos como en los adversos, para que así podamos llamarnos con verdad hijos de María, y hermanos de Juan en esta vida y despues en la otra.

—AMEN.